

tampoco que haya habido nunca gobiernos inspirados por un deseo más sincero de cumplir su deber para con los más humildes de sus compatriotas. Sin embargo; ¿acaso el Parlamento ó alguno de sus miembros se coloca jamás en la situación de un obrero para estudiar cualquier cuestión que á los mismos afecta? Cuando se discute un asunto de esta clase, ¿lo mira alguien de distinta manera que los patronos? No digo que, en general, sean más justas las apreciaciones de los obreros, pero á veces lo son tanto, por lo menos, y su opinión debiera escucharse respetuosamente; al paso que no sólo no es atendida, sino que hasta es ignorada. En la cuestión de las huelgas no hay quizás miembro importante del Parlamento que no dé la razón á los patronos y crea buenamente absurdas las razones que alegan los obreros. No obstante, los que han estudiado esas cuestiones saben cuán léjos está esto de ser cierto y que serian discutidas de distinto modo, y mucho ménos superficialmente, si los obreros pudiesen hacer oír su voz en el Parlamento. Por intención sincera que se tenga de proteger los intereses ajenos, no es seguro ni prudente ligar las manos á sus defensores natos: esta es condicion inherente á

los asuntos humanos; y otra verdad más evidente todavia es que ninguna clase ni ningun individuo operara, sino mediante sus propios esfuerzos, un cambio positivo y duradero en su situación. Bajo la influencia reunida de estos dos principios, en todas las comunidades libres ha habido ménos crímenes é injusticias sociales y mayor grado de prosperidad y esplendor que en las demás, y que en ellas mismas despues de haber perdido la libertad. Comparad los estados libres del mundo miéntras conservaron su libertad, con los súbditos contemporáneos del despotismo oligárquico ó monárquico: las ciudades griegas con las satrapías persas; las repúblicas italianas y las ciudades libres de Flandes y Alemania con las monarquías feudales de Europa: Suiza, Holanda é Inglaterra, con Austria ó Francia, antes de la revolución. Su mayor prosperidad es un hecho demasiado evidente para haber sido nunca negado, miéntras que su superioridad bajo el punto de vista de buen gobierno y de las relaciones sociales, está probado por esa misma prosperidad y brilla además en cada página de su historia. Si comparamos no un siglo á otro, sino los diferentes Gobiernos que existieron en el mismo siglo, veremos que la suma

de desórden que puede haber existido en medio de la publicidad de los Estados libres, no es comparable, por mucho que se la exagere, con el hábito de humillar constantemente á la masa del país, arraigado en los países monárquicos, ó con la irritante tiranía individual de que se hacia diariamente alarde en aquellos sistemas de saqueo, calificados de arreglos económicos, y en el misterio de sus tenebrosos tribunales. Es necesario reconocer que los beneficios de la libertad no han recaído hasta ahora sino sobre una porcion de la comunidad, y que un Gobierno, bajo el cual se extiendan imparcialmente á todos, es un *desideratum* aún no realizado. Pero aunque todo lo que se acerca á él tenga un valor intrínseco innegable, y por más que en el estado actual del progreso no sea frecuentemente posible sino aproximarse al mismo, la participacion de todas las clases en los beneficios de la libertad, es en teoría la concepcion perfecta del Gobierno libre. Desde el momento en que algunos, no importa quienes, son excluidos de esa participacion, sus intereses quedan privados de la garantía concedida á los de los otros, y á la vez están en condiciones más desfavorables para aplicar sus facultades á mejorar su estado y el estado de la

comunidad, siendo esto precisamente de lo que depende la prosperidad general.

Hé aquí el hecho en cuanto al bienestar actual, en cuanto á la buena direccion de los negocios de la generacion existente. Si pasamos ahora á la influencia de la forma de gobierno sobre el carácter, hallaremos demostrada la superioridad del Gobierno libre más fácil é incontestablemente, si es posible.

Realmente, esta cuestion descansa sobre otra más fundamental todavia; á saber: cuál de los dos tipos ordinarios de carácter es preferible que predomine para el bien general de la humanidad, el tipo activo ó el pasivo; el que lucha contra los inconvenientes, ó el que los soporta; el que se pliega á las circunstancias, ó el que procura someterlas á sus miras.

Los lugares comunes de la moral y las simpatías generales de los hombres están á favor del carácter pasivo. Se admiran sin duda los caracteres enérgicos, pero la mayor parte de las personas prefieren particularmente los sumisos y tranquilos. La pasividad de los demás aumenta nuestro sentimiento de seguridad, conciliándose con lo que hay en nosotros de impetuoso: y cuando no necesitamos la actividad de tales caracteres nos parecen un obstáculo

de ménos en nuestro camino. Un carácter satisfecho no es un rival peligroso. Pero, sin embargo, todo progreso se debe á los caracteres descontentos; y por otra parte, es más fácil á un espíritu activo adquirir las cualidades de obediencia y sumision, que á uno pasivo adquirir la de energía.

La superioridad mental es intelectual, práctica y moral. Ahora bien; en las dos primeras categorías no es difícil ver de qué parte está la ventaja. Toda superioridad intelectual es fruto de un esfuerzo activo. El espíritu de empresa, el deseo de anticiparse á los otros y de ensayar nuevos procedimientos son la fuente del talento práctico y hasta del especulativo. La cultura intelectual, compatible con el otro tipo, es esa cultura débil y vaga, propia de un espíritu que se limita á distraerse ó á la simple contemplacion. La aplicacion provechosa á la práctica: hé aquí el sello de un pensamiento real y vigoroso, de un pensamiento que busca la verdad, en vez de mecerse en ilusiones. Donde no existe este propósito para dar al pensamiento precision, carácter determinado, sentido inteligible, no produce más que los Vedas ó el misticismo metafísico de los Pitagóricos. Por lo que hace al mejoramiento prác-

tico, la ventaja es aún más evidente. El carácter que mejora las condiciones de la vida humana es el que lucha con las tendencias y fuerzas de la naturaleza en vez de plegarse á ellas. Las cualidades de que obtenemos beneficios pertenecen todas al carácter activo y enérgico, y los hábitos y la conducta que redundan en provecho de cada individuo, son á la larga, al ménos en gran parte, la fuente de la prosperidad general. Pero si se quiere saber cuál de ámbos tipos es preferible bajo el concepto de la preeminencia moral, á primera vista parece permitida la vacilacion. No aludo al sentimiento religioso que casi siempre se ha decidido por el carácter inactivo, como más en armonía con la sumision debida á la voluntad divina. El cristianismo ha desenvuelto este sentimiento tanto como las demás religiones, pero le corresponde la prerogativa de poder desembarazarse de esta perversion lo mismo que de otras muchas. Abstraccion hecha de las ideas religiosas, el carácter pasivo que cede ante los obstáculos en vez de intentar vencerlos, no será á la verdad muy útil, ni á sí mismo, ni á los demás; pero al ménos podria esperarse que fuera inofensivo. Se ha colocado siempre la resignacion en el número de las virtudes

morales. Mas es un error completo el suponer que la resignacion pertenezca necesaria ó naturalmente á la *pasividad* de carácter; y las consecuencias morales de este error son muy peligrosas. Allí donde existe la codicia de ventajas no poseidas, el espíritu que no lleva en sí el poder de gozarlas algun día, gracias á su propia energía, echa una mirada de ódio y de malicia sobre los que están mejor dotados. El hombre que se agita lleno de esperanzas de mejorar su situacion, se siente impulsado á la benevolencia para con los que tienden al mismo fin, ó ya lo han alcanzado. Y cuando la mayoría está así ocupada, las costumbres generales del país dan el tono á los sentimientos de los que no logran ver satisfechos sus deseos, quienes atribuyen su suceso desgraciado á la falta de esfuerzos ó de ocasion, ó á su mala gestion personal. Pero los que sin perjuicio de anhelar lo que otros poseen no emplean ninguna energía para adquirirlo, se quejan incessantemente de que la fortuna no hace por ellos lo que por sí mismos debieran hacer, ó se revuelven envidiosos y malévolos contra los demás.

La envidia se desenvuelve como un rasgo del carácter nacional, tanto más cuanto el éxi-

to en la vida pasa por fatalidad, tanto ménos cuanto se cree la recompensa de un esfuerzo. Los séres más envidiosos del mundo son los orientales. En los moralistas orientales, en los cuentos orientales, el hombre envidioso aparece á cada paso. En la vida real es el terror de todos los que poseen algo estimable, sea un palacio, un hermoso niño, hasta el buen humor y la salud. El efecto supuesto de la simple mirada ha engendrado la supersticion tan difundida del *mal de ojo*. Despues de los orientales, ciertos pueblos del Mediodia son los primeros por su envidia y por su inercia. Los españoles han perseguido con su envidia á todos sus grandes hombres, emponzoñando su existencia y consiguiendo á veces poner término á sus triunfos. (1) Los

---

(1) Me refiero exclusivamente al pasado, porque no quisiera decir nada ofensivo respecto de un gran pueblo que al fin es libre y que entra en el movimiento general del progreso europeo con un vigor que le promete ganar rápidamente el tiempo perdido. Nadie duda de lo que es capaz la inteligencia y energía de los españoles; y sus faltas como nacion, son de aquellas, para las cuales constituyen un verdadero específico, la libertad y el ardor industrial.

(N. del A.)

franceses que son esencialmente un pueblo meridional, deben á la doble educacion del catolicismo y del despotismo, ese espíritu de resignacion y sumision que constituyen el carácter ordinario de este pueblo, á despecho de su vivacidad natural, y el tipo más generalmente admitido de prudencia y excelencia; y el que los franceses no estén más envidiosos, sea unos de otros, sea de toda superioridad, reconoce por causa el que dicho defecto se halla neutralizado en ellos por gran número de buenas cualidades, y sobre todo por la energía individual, que aunque ménos tenaz y regular que la de los Anglo-Sajones, siempre luchando y no contando nunca más que con sus propios esfuerzos, se ha manifestado, sin embargo, entre los franceses en todas las direcciones en que sus leyes la han alentado.

Hay sin duda alguna en todos los países hombres realmente satisfechos que ni tratan de mejorar su posicion, ni envidian la ajena. Pero la gran masa de resignaciones aparentes, no es en el fondo más que descontento, mezclado de indolencia y abandono de sí mismo, por lo que no empleando ningun medio legítimo para elevarse, hay deseos de rebajar á los demás al propio nivel. Y si se considera de cerca los ca-

sos de resignacion inocente, se observará que no los admiramos más que cuando la indiferencia con que se miran los bienes exteriores, favorece el esfuerzo incesante de perfeccionamiento espiritual, ó al ménos, el celo desinteresado por la prosperidad de otros. El hombre ó la familia satisfecha que no alienta la ambicion de hacer feliz á alguién, la de trabajar por el bien de su país ó de sus vecinos, ó al ménos, por su elevacion moral, no excita en nosotros ni admiracion, ni aprobacion. Atribuimos, y hacemos bien, su resignacion á pura molicie ó á falta de energía.

La resignacion que admiramos es la facilidad de pasarse alegremente sin aquello que es imposible tener, la justa apreciacion del valor comparativo de los diferentes objetos deseados y la renuncia voluntaria de los ménos importantes, si son incompatibles con los de mayor importancia. El hombre que lucha de continuo con las dificultades, sabe cuales son insuperables para él, y aquellas que no valen la pena de ser vencidas. Aquel, cuyas facultades y pensamientos reclama constantemente alguna empresa útil y practicable, es quien ménos se deja llevar del descontento con motivo de cosas que no merecen ser buscadas, al mé-

nos en su situación. Así el carácter activo, ayudándose á sí mismo, es no sólo el mejor por sus cualidades, sino el más susceptible de adquirir lo que hay de excelente y estimable en el tipo opuesto.

El espíritu emprendedor y audaz, propio de Inglaterra y los Estados-Unidos, no debe ser censurado sino á causa de los objetos demasiado secundarios en que consume su fuerza, siendo en realidad, la base de las esperanzas más bellas y seguras para el mejoramiento general de la humanidad.

Se ha observado ingeniosamente que cuando algo vá mal, la primera impulsión de los franceses, es decir «paciencia,» y la de los ingleses «¡qué vergüenza!» El pueblo que considera como una vergüenza el que algo vaya mal; que deduce la conclusion de que el mal podría y debiera haber sido impedido, es el que á la larga contribuye en mayor escala al perfeccionamiento humano. Si sus deseos no son elevados, si no se extienden mas allá del bienestar físico, ó de los bienes exteriores, los resultados inmediatos de su energía, no serán otros que la extension continúa del poder del hombre sobre los objetos materiales; pero esto mismo allana el camino y prepara las condiciones

mecánicas para las grandes obras sociales é intelectuales. La inercia, la falta de aspiraciones, la ausencia de deseos, oponen obstáculos más funestos al progreso que cualquiera direccion torcida de su energía: y cuando estos defectos existen en la masa, es precisamente cuando se hace posible una falsa impulsión muy peligrosa de parte de alguna minoría enérgica. Hé aquí la causa que retiene en estado salvaje ó semi-salvaje á la gran mayoría del género humano.

Ahora bien; no puede dudarse en modo alguno que el Gobierno de uno sólo, ó de un pequeño número, sea favorable al tipo pasivo de carácter, mientras que el Gobierno de la mayor parte es favorable al tipo activo. Los Gobiernos irresponsables se hallan más necesitados de la tranquilidad del pueblo que de cualquier actividad que no esté en sus manos imponer y dirigir. Todos los Gobiernos despóticos inculcan á sus súbditos la precision de someterse á los mandatos humanos como si fueran necesidades de la naturaleza. Se debe ceder pasivamente á la voluntad de los superiores y á la ley como espresion de esta voluntad.

Pero los hombres no son puros instrumentos ó simple materia en manos de sus Gobier-

nos cuando poseen voluntad, ardor ó una fuente de energía íntima en su conducta privada: ahora bien; toda manifestacion de estas cualidades, en vez de ser alentada por el déspota debe mendigar su condescendencia. Pero cuando los Gobiernos irresponsables no temen demasiado las consecuencias peligrosas de la actividad intelectual de sus súbditos para intentar sofocarla, la misma situacion de éstos es una represion.

Entre la sumision á la autoridad de otro y las virtudes de imperio sobre sí mismo y de esperanza en los propios recursos, hay incompatibilidad natural, siendo esta más ó menos completa, segun la servidumbre es más ó menos estrecha. Los Gobiernos difieren mucho en el grado en que cohiben la accion libre de los particulares ó la anulan sustituyéndose á ellos. Pero es esta una diferencia de grado y no de principio: y los mejores déspotas son frecuentemente los que más encadenan la iniciativa de sus súbditos. Un mal déspota puede hallarse dispuesto á dejar al pueblo tranquilo, una vez cubiertas sus aspiraciones personales; pero uno bueno procura incessantemente labrar su felicidad, obligándole á hacer lo que debiera ser obra exclusiva suya, de la manera que

estima como mejor. Los reglamentos que sujetan á procedimientos fijos las ramas más importantes de la industria francesa, fueron obra del gran Colbert. Muy distinto es el estado de las facultades humanas allí donde el hombre no tiene más freno que las necesidades de la naturaleza ó las leyes de la sociedad, leyes que él ha hecho, y que si son malas, puede condenar en alta voz, trabajando en su reforma. Sin duda alguna, bajo un Gobierno parcialmente popular, es posible que esta libertad sea ejercida por aquellos mismos que no gozan de todos los privilegios de los ciudadanos. Pero todos nos sentimos impulsados con más fuerza á coadyuvar á nuestro bien y á confiar en nuestros medios cuando estamos al nivel de los demás, cuando sabemos que el resultado de nuestros esfuerzos no depende de la impresion que podemos producir sobre las opiniones y disposiciones de una Corporacion de que no formamos parte. Desalienta á los individuos, y más aún, á las clases, verse excluidos de la Constitucion, hallarse reducidos á implorar á los árbitros de su destino, sin poder tomar parte en sus deliberaciones: el efecto fortificante que produce la libertad no alcanza su *máximun*, sino cuando gozamos desde luego, ó en perspectiva,

la posesion de una plenitud de privilegios no inferiores á los de nadie.

Más importante todavía que esta cuestion de sentimiento es la disciplina práctica á que se pliega el carácter de los ciudadanos cuando son llamados de tiempo en tiempo, cada uno á su vez, á ejercer alguna funcion social. No se considera lo bastante cuán pocas cosas hay en la vida ordinaria de los hombres, que pueda dar alguna elevacion, sea á sus concepciones, sea á sus sentimientos. Su vida es una rutina, una obra, no de caridad, sino de egoismo, bajo su forma más elemental; la satisfaccion de sus necesidades diarias. Ni lo que hacen, ni la manera como lo hacen, despierta en ellos una idea ó un sentimiento generoso y desinteresado. Si hay á su alcance libros instructivos, nada les impulsa á leerlos, y la mayor parte de las veces no tienen acceso cerca de personas de cultura superior á la suya. Dándoles algo que hacer para el público, se llenan hasta cierto punto todas estas lagunas. Si las circunstancias permiten que la suma de deber público que les está confiada sea considerable, resulta para ellos una verdadera educacion. Á pesar de los defectos del sistema social y de las ideas morales de la antigüedad, la práctica de los

asuntos judiciales y políticos, elevó el nivel intelectual de un simple ciudadano de Atenas muy por encima del que haya alcanzado nunca en ninguna otra asociacion de hombres antigua ó moderna. Leyendo á nuestro gran historiador de la Grecia, se encuentra el ejemplo á cada página: pero apenas se necesita otra prueba que el estilo elevado de las arengas que los grandes oradores de aquel pueblo, estimaban más propias para obrar poderosamente sobre su inteligencia y voluntad. En Inglaterra, las clases más humildes hallan una ventaja del mismo género, yá que no del mismo grado, en llenar las funciones de jurados ó las parroquiales; lo que sin ser un hecho bastante continuo, sin estar difundido lo necesario y sin poder compararse á la educacion pública, que al ciudadano de Atenas le daban sus instituciones democráticas, alza, sin embargo, una barrera, bajo la relacion de sus conocimientos y facultades, entre las clases citadas y aquellos, cuya vida está limitada á vender mercancías ó manejar la pluma detrás de un mostrador.

Más importante todavía que todo lo dicho es la parte de la instruccion adquirida por el acceso del ciudadano, aunque tenga lugar raras veces, á las funciones públicas. Véase llamado á

pesar intereses que no son los suyos: á consultar, enfrente de pretensiones contradictorias, otras reglas que sus inclinaciones particulares; á llevar necesariamente á la práctica principios y máximas, cuya razon de ser se funda en el bien general, y encuentra en esta tarea al lado suyo espíritus familiarizados con esas ideas y esas aspiraciones, teniendo en ellos una escuela que proporcionará razones á su inteligencia y estímulo á su sentimiento del bien público.

Llega á entender que forma parte de la comunidad, y que el interés público es tambien el suyo. Donde no existe esta escuela de espíritu público, apenas se comprende que los particulares, cuya posicion social no es eminente, deban llenar para con la comunidad otros deberes que los de obedecer la ley y someterse al Gobierno. No hay ningun sentimiento desinteresado de identificacion con el público. El individuo ó la familia absorben todo pensamiento y todo sentimiento de interés ó de deber. No se adquiere nunca la idea de intereses colectivos. El prójimo sólo aparece como un rival, y en caso necesario como una víctima. No siendo el vecino ni un aliado ni un asociado, no se vé en él más que un competidor. Con esto se extingue la moralidad pú-

blica y se resiente la privada. Si tal fuera el estado universal y el único posible de las cosas, las aspiraciones más elevadas del moralista y del legislador se limitarian á hacer de la masa de la comunidad un rebaño de ovejas pasciendo tranquilamente unas al lado de otras.

Segun las consideraciones antedichas es evidente que el único Gobierno que satisface por completo todas las exigencias del estado social, es aquel en el cual tiene participacion el pueblo entero; que toda participacion, aun en la más humilde de las funciones públicas, es útil; que por tanto, debe procurarse que la participacion en todo sea tan grande como lo permita el grado de cultura de la comunidad: y que, finalmente, no puede exigirse ménos que la admision de todos á una parte de la soberanía. Pero, puesto que en toda comunidad que excede los límites de una pequeña poblacion, nadie puede participar personalmente sino de una porcion muy pequeña de los asuntos públicos, el tipo ideal de un Gobierno perfecto, es el Gobierno representativo.